

ESPINAS Y FLORES DE MI ROSAL

DESILUSIÓN

Por ANGELA MARÍA

No sé qué poeta esculpió esta frase:

"Lágrimas: perlas que produce Amor..."

Debió haber llorado mucho de amor este bardo, o debió haber enjugado las lágrimas de más de una damisela herida de amor.

Yo, sin embargo, conozco unas lágrimas más angustiosas que las que arranca amor: las de la desilusión.

No hace mucho una niña enamorada me lloró sus cuitas.

"Éramos pobres y huérfanas. No pudieron nuestros padres dejarnos más que la honradez de sus nombres. Y éramos más pobres aun, porque defendíamos lo único que nos dejaran: el honor. Gonzalo me conoció como cuando el travieso dioscecillo ciego se empeña: en un accidente. Me atropelló un automóvil y de él descendió el gallardo mozo que me condujo a casa y me cuidó hasta que pude andar por mis propios pies. Largas horas, que a mí me parecían fugaces pasábamos el uno junto al otro, mientras más hermanas trabajaban el doble para cubrir el jornal que yo no podía ganar. Gonzalo y yo nos mirábamos el uno al otro en los ojos, y en un punto negro, fija muy fija la vista, llegábamos hasta lo más recóndito del alma. Gonzalo y yo nos comprendimos y nos amamos.

"Curé. Gonzalo seguía visitándome con la asiduidad del enamorado galán. Seguimos viviendo la ficción de nuestro querer que encerrábamos en la torre de marfil de nuestro loco egoísmo que no racionaba, porque era ciego, y era loco.

"Un día... ¡no lo olvidaré!, me dijeron que Gonzalo era casado. Que tenía mujer y que tenía hijos. Que no podía haber sido sincero conmigo.

"Y yo lloré, porque se me vino encima todo el castillo que mis ilusiones levantaron en lo más hondo de mi alma, en aquel recóndito sitio al que solo llegaba la mirada de Gonzalo. Lloré de desilusión. Lloré, porque Gonzalo, sin apiadarse de mí, destrozó con sus bellas mentiras, toda mi felicidad. No fueron mis lágrimas el sudario de mi amor: fueron la sangre de la ilusión apuñalada".

—¿Y Gonzalo?—pregunté a la cuitada.

—No sé. Me dijeron que se había marchado a América. Que estaba enamorado, ciega, locamente, de una joven a quien no supo decir que era casado. Y esa joven era yo, que porque tenía su corazón, que porque era dueña de su alma, no podía tolerar que le hubieran robado sus derechos de esposa legítima...

Jóvenes que me leéis: no entregad vuestro corazón al primer viandante, que aunque os dé su cariño y su alma toda a cambio de vuestro amor, os hará pagar con las angustiosas lágrimas de la desilusión vuestra lealtad y vuestro cariño...